

072. Jesucristo, el Nuevo Adán

Nos gusta estudiar a Jesucristo, ¿no es verdad? Cuanto más crecemos en su conocimiento, más ardiente se vuelve nuestra sed. El que será nuestra delicia eterna, es ya desde ahora la mayor ansia de nuestra curiosidad, una curiosidad que no es malsana, sino la curiosidad más sagrada y la que más complace a Dios.

Hago esta introducción porque hoy se me ha ocurrido presentar un punto que es capital en la cristología de San Pablo, el cual llama a Jesucristo el *Segundo Adán*, el *Nuevo Adán*, y a los que somos de Jesucristo por la fe y la gracia del Bautismo nos llama así: el *hombre nuevo*, la *mujer nueva*, la *nueva creación*.

¿Qué quiere decir el Apóstol con todas estas expresiones? ¿Nos enseñan algo que nos interese sobre Jesucristo?

Empezamos por las palabras de San Pablo, que nos dice: *“Por la desobediencia de un hombre, Adán, todos quedamos pecadores; por la obediencia de otro, Jesucristo, todos hemos sido justificados”* (Romanos 5,19). *“Y así como en Adán morimos todos, así todos seremos vivificados en Cristo”* (1Corintios 15,22)

El primer Adán era de la tierra; el segundo Adán es del Cielo. Del primer Adán, pecador, heredamos la imagen del hombre pecador; del segundo Adán, Jesucristo, llevamos la imagen del hombre celestial (1Corintios 15,47-48). Entonces Pablo concluye de esta manera: *“Así como hemos llevado la imagen del Adán terreno, llevemos ahora la imagen del Adán celestial”* (1Corintios 15,49)

“Por eso, ¡a despojarse del hombre viejo, que se corrompe con todas sus malas obras... y a revestirse todos del hombre nuevo, creado a imagen de Dios, para llevar una vida recta y santa!” (Efesios 4,21-24). Y nos repite lo mismo otra vez, señal de que el Apóstol tenía esta idea muy metida dentro: *“¡A despojarse del hombre viejo y de sus acciones, y a revestirse del hombre nuevo, que se va renovando a imagen de su creador!”* (Colosenses 3,9-10)

¿Por qué San Pablo insiste tanto en que no seamos como el Adán primero, el del paraíso, el pecador, sino que seamos en todo como el Adán segundo, Jesucristo, el de Nazaret, el de la Cruz, el Resucitado del Cielo?... Alguna importancia debe tener, ¿no es así?...

Esa comparación que San Pablo establece entre Adán y Jesucristo ha sido una fuente de inspiración para los escritores desde el principio de la Iglesia.

Dios, en el paraíso, mientras modela la estatua de barro, tiende la mirada lejos, lejos..., y ante sus ojos divinos ve erguirse la imagen preciosa de su Hijo que un día se haría hombre...

Cae Adán en la desgracia, seducido por Satanás, y Dios se encuentra con todo su plan estropeado... *¿Y qué me hago ahora?*, se dice Dios. *¿Dejar que Satanás se ría de mí?... ¡Eso sí que no lo consiento!...*

Sabio arquitecto, Dios rehace los planos, y su Hijo, cuando se haga hombre para desbaratar la obra de Satanás, no será un hombre feliz y glorioso, sino humilde, en todo semejante a los hombres sus hermanos, paciente, que por obediencia a su Padre morirá en una cruz. Pero, resucitado, será la esperanza de todos los pueblos. Dios Padre nos dirá señalándonos a Jesucristo:

- *¡Miradlo! ¡Ahí está! ¡No hagáis caso de Satanás, que os quiere perder! ¡A amoldarse todos a la imagen del Hombre Nuevo, que resplandece en mi Hijo Jesús!*

Que yo vea en cada uno retratado a mi Hijo querido. Así, al confundirlos con Él, a todos los meteré por fuerza en su misma gloria, en el nuevo Paraíso, tan distinto del que hubo de abandonar Adán el pecador...

Un pintor (André Bley), llegado desde Francia, recorría las calles de Roma buscando un modelo para un cuadro en el que Jesucristo tenía que ser el personaje principal. Pero, ¿quién podrá ser la imagen de Jesucristo? ¡De Jesucristo nada menos!... Mira rostros y más rostros:

- Este, no... Este otro, tampoco... ¿Y aquel de allá? ¡Qué va! Guapo, pero no se le parece a Jesucristo por nada...

Así un día y otro día, por una calle y por otra... Al fin, sus ojos se posan en un pobre andrajoso que pide limosna a los transeúntes, y se dice el pintor:

- ¡Dios mío, qué cara! ¡Qué mirada!... Éste es el rostro que yo buscaba. No tiene los rasgos de belleza exigidos por la Academia, pero posee una belleza tan diferente. No he visto un hombre igual...

Aquel pordiosero se llamaba Benito José Labre, hoy Santo en los altares.

¿Queremos saber qué doble imagen llevamos en nuestros rostros, en nuestro cuerpo, en todo nuestro ser? ¿Cuál es la imagen que refleja nuestra persona entera? ¿La de Adán que sale del paraíso, o la de Jesucristo que vive en la gloria? ¿Somos tan avispados que distingamos a Jesucristo en aquel que lo lleva? Más; a pesar de nuestras limitaciones personales, ¿somos capaces de representar a Jesucristo, de manera que, cualquiera que nos vea, adivine sin más, y se diga:

- Pero, si es Jesucristo en persona?...

La imagen de Jesucristo, el Hombre Nuevo, puede resplandecer en el pordiosero o en el leproso cuyas carnes se van cayendo a pedazos, mientras que puede estar desfigurada y hasta desaparecida del todo en un cuerpo rozagante o en la cara de la muchacha más bonita. Dios nos pensó en Cristo, ejemplar e imagen de la creación, de modo que Jesucristo, al ser la suprema belleza salida de la mano de Dios, es también la hermosura máxima que nosotros podemos reflejar.

Cuando estudiamos a Jesucristo, entendemos al hombre. Y para entender al hombre, para entendernos a nosotros mismos, no hay nada mejor que estudiar a Jesucristo. Para ser grandes y hacer algo grande, no hay nada como mirar al Modelo, y decirse: *¿Me falta algún detalle para ser como Él, para que me confundan dichosamente con Jesucristo?...*